Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
2	5	0	3	2	2
7	3	6	5	2	0
6	0	5	3	0	3
3	0	6	8	0	2

SOLUCION / Pág. 4

LA PELEA DEL SIGLO

VENTANA CON ORNELLA

Página 2/3

Verano/12



VEUVE CLICQUOT

(Por Lucio Schwarzberg) Con el último billete de cincuenta dólares que guardaba en la billetera, Witoldo pagó la botella de Clicquot. Era siete de enero y estaba resignado: pasaría el verano en Buenos Aires. Todo cuanto había podido ahorrar eran los cincuenta dólares. Esa mierda. ¡Ah, viejo tío Rico McPato, que enmarcabas el primer dólar! ¿Nadarías aún hoy en el frescor de las monedas o preferirías Cancún, Maceió, Punta del Este?

Para evitar el sofoco, regresó a la casa después del crepúsculo. Como corresponde al caso, se bañó. Se vistió con una camisa de voile algo raída y se perfumó con Hugo Boss. En el frasco quedaba un sexto o un octavo de perfume. Se acabaría pronto, desgraciadamente, la fragancia cítrica.

''El capitalismo —pensó mientras trozaba los cilindros congelados de una falsa centolla compactada según técnicas japonesas— es una jaula con un solo agujero. Se sale de a uno en fondo.'' Mezcló el pescado con manzanas ácidas y tomate picado, agregó limón y se sentó a comer. ''Lástima que yo no encuentre el agujero.'' Una semilla de limón le interrumpió las reflexiones.

Concluyó la comida un rato antes de medianoche. Se asomó al balcón. Había pocas luces en el vecindario, tal vez porque una gran parte de los putos vecinos estuvieren de vacaciones. Sólo se oía el susurro de los pistones de algunos acondicionadores de aire. La luna —creciente o menguante— se inclinaba hacia el oeste. Nada se sabía aún de las nubes.

Witoldo recortó el cielo y lo imaginó marino: estaría brillando ahora sobre los médanos, fuera del hemisferio acuático.

Qué mierda. Mejor, no mirar.

A las doce de la noche retiró el Clicquot de la heladera. No secó la botella porque temió que la tela del repasador rasgara la etiqueta anaranjada; y sin una etiqueta que anunciara la fecha prenapoleónica —prerrevolucionaria incluso— ¿qué sentido tendría el Clicquot? Si hasta el rey Luis, en una noche emputecida como ésta, cuando tuvo la certeza de que tampoco iría más de vacaciones, habrá querido emborracharse con el licor de etiqueta anaranjada. Descorchó la botella. ¡Pum! hizo. (''Sidra Tunuyán'', agregó Witoldo: en el camino al mar hay un cartel gigante que dice ''¡Pum! Sidra Tunuyán''.) Olió el perfume rancio del champagne y lamió la espuma que chorreaba por el cogollo. Buscó una de las copas heredadas. ¿Cómo era que las llamaban en la novela? Chaparras. Eso: copas achaparradas.

Paladeó la primera y disfrutó la segunda. No se sabe por qué evocó a los españoles. ¡Tan amables antes, cuando no eran ni ricos ni modernos! Posiblemente ellos también habrán brindado el treinta y uno con el Clicquot volcado en copas chaparras, tan propias de la abuela y de la sidra. ''O tal vez —pensó mientras bebía la cuarta o la quinta— ya hayan descubierto las copas largas de los pueblos finos.''

Entonces fue la brisa la que trajo una música, un continuo. O no: sonaba más bien como el desorden en La de las orquestas que afinan. Arrojó la copa al vacío y escuchó el estallido del cristal en la calzada. Siguió bebiendo a mano.

Aspiró dos o tres veces el aire en movimiento y se animó a levantar nuevamente la cara al cielo. Unas nubes orladas de luz se acercaban a la luna.

—Que llueva —pidió con fervor. —Que llueva eternamente.

Que llueva en Buenos Aires y en el mar. Y también en Cancún, en Maceió, en Punta del Este.

Con las primeras gotas empinó por última vez la botella. Antes de que amaneciera, se tendió en la cama. Llovía.

—A trabajar, hermano —murmuró y se quedó dormido sin recordar el final inoportuno de la frase. Aún sonaba, como un conjuro, la voz de la orquesta.

LECTURAS

LA PELEA DEL SIGLO

Por Jorge A[...]

Nacido en Buenos Aires en 1931, Jorge Ariel Madrazo es narrador y periodista. Publicó "Orden del día", "La tierrita", "Espejos y destierros", "Blues de muertevida", "Cuerpo textual" (Segundo Premio Municipal 1986-87). A continuación se presentan dos cuentos que forman parte del libro "Ventana con Ornella", que publicará próximamente Ediciones Letra Buena.

Carpentier, el fabuloso Carpentier, concentra su estatura sobre la balanza achaparrada en el piso; el pelo le desborda por la frente *—dios qué duro es todo regreso—*, los brazos en jarra hacia afuera de la cintura todavía ágil. O se cubren hasta el codo con esa sombra intensa. Pero (es más probable) el vigor anúdase en la rótula obstinada, la rótula testadura —estamos hablando del último, postrer reducto que queda a un hombre tras la consunción de la especie—.

Deschamps es otra vez el manager, quien ahora consigue acuclillarse, el mechón blanco; la camisa revierte hacia arriba (la espalda, el lomo fofo (el vello entrecano) al deslizar la diminuta pesa. Y confirmar: Georges entra trabajosamente en la categoría. El gimnasio transpira esa media docena de muchachones negros. Que ni sospechan la íntima identidad del enorme Carpentier. Conocen, sí, su apellido y nombre, deletrean su entera foja de servicios aun cuando ignoren quién anida dentro de él que (ah, es verdad) cuánto se empeña en saltar la cuerda; así, así, aunque cierto ligerísimo tropiezo.

Deschamps: todavía el cuello ancho y fornido, un toro al golpear la pera. Diablos, si las piernas un poquitín menos rígidas, no tanto.

¿Recuerdan? Ni tenía quince años cuando lo recogí en la Rue Des Ecoles; el otro —el muchachito, el invasor— intento bajarlo de la bicicleta. Georges no necesitó más. Fue tal y puro el golpe. Un navajazo: a mano limpia. Se me cayó la pipa de los labios. Allí mismo lo encarrilé al gimnasio. Años y segundos de trabajar sin tregua. Como pulir un diamante, enalteciendo pacientemente su rara médula. Y veánlo ahora. De regreso, ante el formidable Dempsey. Ambos han menospreciado sus trajines habituales (andar a los sopapos con los gusanos) para esta magna confrontación, señoraseñores son siempre los mismos. Sí: uno quisiera vetarle el retorno al cuadrilátero, pero él ya es bien mayor como para saber cuándo se encuentra o no en su justo clímax. ¿Alguien puede acaso vislumbrar cuánto es capaz de prodigarse el más grande y hermoso, como se proclama Georges Carpentier, no sin razón?

Primer round. Cuidarme, hasta ingresar en el mágico ritmo cuando cada nervio y yo de niño batía aquel tambor, y padre (aspira hondo, oye cómo se colman los alveólos, ya ya está viniendo, girar de esta manera y jabear; le di, por todos los santos, le di, qué bien castigaba el parche y resultó bueno, ese latigazo a la barbilla; grandote Jack, estás sorprendido, no te esperabas esto del viejo Georges).

* * *

Los parantes de hierro se entrecruzan convergiendo a un vértice o punto central, en la cúspide del matadero; desde el pináculo oscilan los cables destinados a sostener las pantallas donde explota la luz una herida.

(En el pómulo *cochon* cuidarme, me sacudió, nadie debe saberlo; nadie.)

Un magnífico one-two de Carpentier pero Dempsey responde descargando su jab en la oreja izquierda del francés, éste comienza también a sangrar del arco superciliar; qué espectáculo señores; Carpentier de trusa azul con vivo blanco ha incurrido en el error de ir al juego del campeón: no le conviene el infighting, lo suyo es la media, la remota distancia; ahora sí Georges entra, sale, está sentido, se ven muy agotados los dos gladiadores.

El cuadrante luminoso dice séptimo, el round en que juró sacarme. Esta puntada, ayúdame, dios mío, dame aire.

En el descanso lo baldean friccionan de arriba a abajo. Le hacen buchear aquella agua con limón, alguien le mantiene en su sitio el párpado vuelto una pelota. Será preciso cosechar un segundo aliento; las luces son luciérnagas todo alrededor; si abro la boca sabrán qué hondonadas de cansancio.

Esa mujer: me clava los ojos de modo que yo registre sus dientes trémulos; los anoto para otra vida, si llega a haber otra vida fuera de esta cárcel rectangular. Esta Kábala infinita y enlonada.

* * *

El décimo capítulo, apreciados teleespectadores, de un combate sin cuartel. Estamos admirando a un Carpentier que ni recordábamos, casi afirmaríamos que se halla en su mejor forma desde que se derrumbó ante Mano'e Piedra Durán tras cumplir cinco décadas de una impar carrera pugilística.

Yo sé: Deschamps trasuda horror cuando el buen Jack (cree) me masacra sobre las cuerdas, pero esto: bloquear con los brazos y codos, una impenetrable línea Maginot, caray ese cañonazo en el hombro, y vistear. Lo cansaré, por Jehová, lo cansaré. Atención: por poco me saca como un sputnik entre las sogas, se vino con todo y sus prótesis el descomunal búfalo.

Dempsey ha castigado en este tramo prácticamente a voluntad, pero el púgil galo es un inigualado pasador; observen esa maestría, golpear mientras retrocede y rota la cintura y bailotea; este hombre es gigantesco ahora pe-ga desde el suelo una mano, si el veterano campeón no la cabeceaba éste bien pudo ser el final.

La náusea. No sería ya capaz de derramar otro uppercut como aquél, nunca más. El último de Georges Carpentier. Me acerco al muchachito: cómo pretendería apropiarse de la bicicleta, un regalo de padre, si sólo hubiera menos sofocante resplandor...

Jack, ¿por qué razón no nos vamos, mi buen viejo torpe, a embuchar un trago en el bar de la Sexa Avenida, tan cercano a tu parrilla en donde festejamos —recuerdas— los treinta años de nuestra primera pelea, y los fotógrafos registraron el abrazo con el Gene Tunney? Eso era vida; a mí se me veía —opinaron los columnistas del *Sun* y el *Guardian*— algo enjuto, como demacrado, y mi sonrisa. Y sentía no sé qué de extraño mientras cruzo —encimándolas— las piernas dentro de un traje demasiado grande; a todas luces pregona su condición de pilcha nueva *née*. Los 49 Auténticos y cortada en interminables jornadas cuando la plancha se desliza y escupe sus chorros de vapor. Te juro, Jack: aquella noche probé el güisqui por primera vez en mi coño 'e vida, c'en'andiam grandote zonzo, qué hacemos aquí fajándonos, como si valiera la pena. Todavía.

* * *

Regresan ambos al cuadrilátero, envalentonados gracias a una curda, una rasca, una épica borrachera, curadísimos como mil infiernos, tanto que sin exageración Gene debe sostenerlos, abrazarles esos hombros de pajarito paralizados casi por la artrosis.

Sin embargo, la ducha opera el milagro: aquí tenemos, amistoso público, cómplices del espanto total, a dos colosos del noble ardor de los puños. Al tañir el laúd estos titanes salen a jugarse el envés por el revés; a falta de mejores prodigios estamos asistiendo a la lid entre un empapado San Jorge y un dragón enfundado en sus miasmas y vómitos. Es un derroche de coraje pocas veces visto en este circo de ilusiones del Madison Park, en esta húmeda ciudad del sur.

Pega Georges, pega Jack. Los dos maravillosos ancianos.

* * *

Fuera, la calle baldea su melancolía final sobre la mole en sombras. Una hoja de periódico se enreda entre las piernas de Deschamps, harto de esperar el colectivo que lo arroje cerca del hueco donde, hasta ayer, subían y bajaban sus cabezas los caballos de Les Halles.

Agrietado de frío, acuchillado por el viento, Deschamps tararea un tango (o bolero). Se acerca la traqueteante luz del vehículo, no atina a retenerla: acaso el próximo.

La noche estará entonces íntegramente reunida encima del estadio; al menos, eso vislumbra a través del esplendor de la luna llena, y otro jab de izquierda y un gancho nítido, vertiginoso, y el jab una vez más, tropezando fallando marrando ambos muñecos en pie tan sólo por un destronado estertor y las encías son fosas sin dientes y miles de golpes al vacío, en el vértice de aquel espacio donde persiste la desolación de una infantil bicicleta, regalo de su padre para ese tipazo, el Georges Carpentier hace tanto tiempo fallecido.



Por Jorge Ariel Madrazo

Nacido en Buenos Aires en 1931, Jorge Ariel Madrazo es narrador y periodista. Publicó "Orden del día", "La tierrita", "Espejos y destierros", "Blues de muertevida", "Cuerpo textual" (Segundo Premio Municipal 1986-87). **A continuación se presentan dos cuentos que forman parte del libro "Ventana con Ornella", que publicará próximamente Ediciones Letra Buena.**

LA PELEA DEL SIGLO

Carpentier, el fabuloso Carpentier, concentra su estatura sobre la balanza achaparrada en el piso; el pelo le desborda por la frente *—dios qué duro es todo regreso—*, los brazos en jarra hacia afuera de la cintura todavía ágil. O se cubren hasta el codo con esa sombra intensa. Pero (es más probable) el vigor anúdase en la rótula obstinada, la rótula testadura —estamos hablando del último, postrer reducto que queda a un hombre tras la consunción de la especie—.

Deschamps es otra vez el manager, quien ahora consigue acuclillarse, el mechón blanco; la camisa revierte hacia arriba (la espalda, el lomo fofo (el vello entrecano) al deslizar la diminuta pesa. Y confirmar: Georges entra trabajosamente en la categoría. El gimnasio transpira esa media docena de muchachones negros. Que ni sospechan la íntima identidad del enorme Carpentier. Conocen, sí, su apellido y nombre, deletrean su entera foja de servicios aun cuando ignoren quién anida dentro de él que (ah, es verdad) cuánto se empeña en saltar la cuerda; así, así, aunque cierto ligerísimo tropiezo.

Deschamps: todavía el cuello ancho y fornido, un toro al golpear la pera. Diablos, si las piernas un poquitín menos rígidas, no tanto.

¿Recuerdan? Ni tenía quince años cuando lo recogí en la Rue Des Ecoles; el otro —el muchachito, el invasor— intento bajarlo de la bicicleta. Georges no necesitó más. Fue tal y puro el golpe. Un navajazo: a mano limpia. Se me cayó la pipa de los labios. Allí mismo lo encarrilé al gimnasio. Años y segundos de trabajar sin tregua. Como pulir un diamante, enalteciendo pacientemente su rara médula. Y veánlo ahora. De regreso, ante el formidable Dempsey. Ambos han menospreciado sus trajines habituales (andar a los sopapos con los gusanos) para esta magna confrontación, señoraseñores son siempre los mismos. Sí: uno quisiera vetarle el retorno al cuadrilátero, pero él ya es bien mayor como para saber cuándo se encuentra o no en su justo clímax. ¿Alguien puede acaso vislumbrar cuánto es capaz de prodigarse el más grande y hermoso, como se proclama Georges Carpentier, no sin razón?

Primer round. Cuidarme, hasta ingresar en el mágico ritmo cuando cada nervio y yo de niño batía aquel tambor, y padre (aspira hondo, oye cómo se colman los alveólos, ya ya está viniendo, girar de esta manera y jabear; le di, por todos los santos, le di, qué bien castigaba el parche y resultó bueno, ese latigazo a la barbilla; grandote Jack, estás sorprendido, no te esperabas esto del viejo Georges).

* * *

Los parantes de hierro se entrecruzan convergiendo a un vértice o punto central, en la cúspide del matadero; desde el pináculo oscilan los cables destinados a sostener las pantallas donde explota la luz una herida.

(En el pómulo *cochon* cuidarme, me sacudió, nadie debe saberlo; nadie.)

Un magnífico one-two de Carpentier pero Dempsey responde descargando su jab en la oreja izquierda del francés, éste comienza también a sangrar del arco superciliar; qué espectáculo señores; Carpentier de trusa azul con vivo blanco ha incurrido en el error de ir al juego del campeón: no le conviene el infighting, lo suyo es la media, la remota distancia; ahora sí Georges entra, sale, está sentido, se ven muy agotados los dos gladiadores.

El cuadrante luminoso dice séptimo, el round en que juró sacarme. Esta puntada, ayúdame, dios mío, dame aire.

En el descanso lo baldean friccionan de arriba a abajo. Le hacen buchear aquella agua con limón, alguien le mantiene en su sitio el párpado vuelto una pelota. Será preciso cosechar un segundo aliento; las luces son luciérnagas todo alrededor; si abro la boca sabrán qué hondonadas de cansancio.

Esa mujer: me clava los ojos de modo que yo registre sus dientes trémulos; los anoto para otra vida, si llega a haber otra vida fuera de esta cárcel rectangular. Esta Kábala infinita y enlonada.

* * *

El décimo capítulo, apreciados teleespectadores, de un combate sin cuartel. Estamos admirando a un Carpentier que ni recordábamos, casi afirmaríamos que se halla en su mejor forma desde que se derrumbó ante Mano'e Piedra Durán tras cumplir cinco décadas de una impar carrera pugilística.

Yo sé: Deschamps trasuda horror cuando el buen Jack (cree) me masacra sobre las cuerdas, pero esto: bloquear con los brazos y codos, una impenetrable línea Maginot, caray ese cañonazo en el hombro, y vistear. Lo cansaré, por Jehová, lo cansaré. Atención: por poco me saca como un sputnik entre las sogas, se vino con todo y sus prótesis el descomunal búfalo.

Dempsey ha castigado en este tramo prácticamente a voluntad, pero el púgil galo es un inigualado pasador; observen esa maestría, golpear mientras retrocede y rota la cintura y bailotea; este hombre es gigantesco ahora pe-ga desde el suelo una mano, si el veterano campeón no la cabeceaba éste bien pudo ser el final.

La náusea. No sería ya capaz de derramar otro uppercut como aquél, nunca más. El último de Georges Carpentier. Me acerco al muchachito: cómo pretendería apropiarse de la bicicleta, un regalo de padre, si sólo hubiera menos sofocante resplandor...

Jack, ¿por qué razón no nos vamos, mi buen viejo torpe, a embuchar un trago en el bar de la Sexa Avenida, tan cercano a tu parrilla en donde festejamos —recuerdas— los treinta años de nuestra primera pelea, y los fotógrafos registraron el abrazo con el Gene Tunney? Eso era vida; a mi se me veía —opinaron los columnistas del *Sun* y el *Guardian*— algo enjuto, como demacrado, y mi sonrisa. Y sentía no sé qué de extraño mientras cruzo —encimándolas— las piernas dentro de un traje demasiado grande; a todas luces pregona su condición de pilcha nueva *née*. Los 49 Auténticos y cortada en interminables jornadas cuando la plancha se desliza y escupe sus chorros de vapor. Te juro, Jack: aquella noche probé el güisqui por primera vez en mi coño 'e vida, c'en'andiam grandote zonzo, qué hacemos aquí fajándonos, como si valiera la pena. Todavía.

* * *

Regresan ambos al cuadrilátero, envalentonados gracias a una curda, una rasca, una épica borrachera, curadísimos como mil infiernos, tanto que sin exageración Gene debe sostenerlos, abrazarles esos hombros de pajarito paralizados casi por la artrosis.

Sin embargo, la ducha opera el milagro: aquí tenemos, amistoso público, cómplices del espanto total, a dos colosos del noble ardor de los puños. Al tañir el laúd estos titanes salen a jugarse el envés por el revés; a falta de mejores prodigios estamos asistiendo a la lid entre un empapado San Jorge y un dragón enfundado en sus miasmas y vómitos. Es un derroche de coraje pocas veces visto en este circo de ilusiones del Madison Park, en esta húmeda ciudad del sur.

Pega Georges, pega Jack. Los dos maravillosos ancianos.

* * *

Fuera, la calle baldea su melancolía final sobre la mole en sombras. Una hoja de periódico se enreda entre las piernas de Deschamps, harto de esperar el colectivo que lo arroje cerca del hueco donde, hasta ayer, subían y bajaban sus cabezas los caballos de Les Halles.

Agrietado de frío, acuchillado por el viento, Deschamps tararea un tango (o bolero). Se acerca la traqueteante luz del vehículo, no atina a retenerla: acaso el próximo.

La noche estará entonces íntegramente reunida encima del estadio; al menos, eso vislumbra a través del esplendor de la luna llena, y otro jab de izquierda y un gancho nítido, vertiginoso, y el jab una vez más, tropezando fallando marrando ambos muñecos en pie tan sólo por un destronado estertor y las encías son fosas sin dientes y miles de golpes al vacío, en el vértice de aquel espacio donde persiste la desolación de una infantil bicicleta, regalo de su padre para ese tipazo, el Georges Carpentier hace tanto tiempo fallecido.



VENTANA CON ORNELLA

La ventana de enfrente, que antes nunca habíamos visto y de día no sabemos a que edificio atribuir, comenzó a tentarnos cada noche como un farol a los insectos.

No escondíamos (¿o sí?) vocación de fisgones. Al principio, es claro: ese cuerpo de mujer desvistiéndose con la hábil lentitud —la lenta habilidad— de una striptisera del crazy horse. Antonia juraba que tal imagen no le sugería nada en particular, ni siquiera una difusa sensación de goce estético. Y mucho menos (repite, acaso con excesiva vehemencia) excitación de ninguna índole.

Lo más extraño no era el parsimonioso y obstinado despojamiento, prenda por prenda. Antonia me hizo notar el orden invertido que seguía para desnudarse aquella mujer, en apariencia una desconocida pese a la relativa vecindad: primero la falda, después los slip; al quedar totalmente despojada por abajo, como un durazno latiendo a la tenue luz del velador, exhibía las nalgas nacaradas y llenas. Y así permanecía, siempre de espaldas a nosotros, durante un dilatadísimo instante. Toña sugirió con voz triunfal:

—Te das cuenta, es lo mismo que hacía Ornella Muti en *Historias de locura común*. No sé —me decía— de mujer alguna del mundo real que se desvista de tal modo. Todas aguardamos a eliminar blusa y hasta corpiño antes de dejar en libertad, y expuestas a las inclemencias del cosmos, nuestras zonas más íntimas y esponjosas. —Y agregó—: Debe ser una pervertida. O algo peor.

No alcancé a imaginar qué podría ser eso peor. Pero Antonia, en verdad ciega de envidia, no lo hubiera susurrado en caso de haber podido intuir hasta qué grado el espectáculo iba a incluirla.

Ni éramos capaces de adivinar mucho más que aquello: una gradual, empalagosa mostración de glúteos; y el perfecto valle hacia el cual caían las estribaciones de la espalda.

Después, una larga —¿treinta minutos, cuarenta?— permanencia estática. Como si se tratara de una estatua o un maniquí. Y en ese instante, invariablemente, se apagaba la frágil luz. La mujer desaparecía en la negrura sin dejar huella. Como si no estuviera allí. Pero sabíamos que estaba (¿de qué manera, por cuál vía de percepción?). Por lo demás, confieso que no entendía entonces, no entendíamos, tan repetido como incognoscible ritual.

Repentinamente, un anochecer se me reveló en lo oscuro un hombre cuyo rostro aquilaté severo y triste. Miré a Antonia, ansioso; le indiqué mi descubrimiento con señas y gritos guturales. Inútil: ella no lograba enfocar todavía al extraño que, sin duda, sería el amante de la desconocida. Apenas si sobresalía de la penumbra el hombro derecho, la barba a lo Hemingway y el rescoldo hirviente de la pipa. ¿Estaba sentado, de pie? Se removía nervioso hasta que, como una fiera, hundió la cabeza en el abdomen femenino; ella echó su melena hacia atrás; cayeron hechos un solo bulto negro de reflejos titilantes.

Entonces sí, Antonia pareció descubrir a la pareja y sus juegos. Respiraba agitada, jadeando casi. Sus uñas se clavaron en mi brazo. Allí mismo la volteé sin contemplaciones. Me pareció, al derrumbarme sobre su cuerpo, que los de enfrente también nos vigilaban con sonrisa equívoca.

Pero, y ahora lo confieso a duras penas: ni esa noche, ni otras muchas semejantes, arribamos a nada. Con Antonia siempre era exacta y puntualmente lo mismo: un ardoroso amago. Hacía largos meses ya que nuestra relación se ceñía a aquella rutina mecanizada, un verdadero tour de force. Mientras yo creía hallarme en el pináculo del poderío pasional, ella se quejaba del supuesto decaimiento hacia la mitad, más o menos, del suceso. Se revolvía furiosa contra mí para concluir llorando y ametrallando reproches difíciles de absorber. La queja será coronada por un análisis retrospectivo. Me has criticado sin descanso por mi excesiva avidez; ahora me argumentás que soy pasiva. Nada será igual ya, nunca.

Así era, pues. Si lo habríamos hablado, por telegrama o cara a cara, delante de violáceas jarras de vino, propicia cerveza o jugos multicolores. Y en noches de plenilunio que yo fabricaba expresamente. Como queriendo revivir aquella vez primera cuando la esperé en la parada del colectivo y ella vino hacia mí con su blusón y pantalón negros de seda, ceñidos gracias al cinto dorado. Y en el taxi dijo tengo frío; y me quité el saco cubriéndola con él: y me miró: sos muy gentil. Y después tomó mi mano y la mordió dulce, provocativamente.

Pero ¿cómo retroceder en los años y en la traición y el desamor? ¿Cómo ser, otra vez, aquéllos? Las caras se ven parecidas, apenas avejentadas; sin embargo, éstos son otros.

El estimulante show de la ventana se me antojó, entonces, más que oportuno para reactivar los rescoldos del antiguo fuego. Pero, curioso: algo sucedía mientras se nos volaban las semanas frente al ceremonial grave y reiterado.

(Bueno, admitía variaciones casi imperceptibles aunque, ahora lo comprendo, significativas: la mujer iba enmarcándose en un halo fosforescente que me escondía la visión del hombre. Antonia, en cambio, aseguraba que él era con mucho el más, si no el único, visible. De pronto la admirable intrusa dejó percibir sólo para mí su cabellera roja, y allí la reconocí: es ¿cómo dudarlo?, mi fugaz novia durante tres meses, hacía de ello quince años. Pero en la semana siguiente se habría teñido, porque su pelo renegrido y la cara de perfil fueron los de aquella casi adolescente que me obligaba —de modo compulsivo— a desplegar una atlética performance de juventud. Antonia protestaba no divisar ya ni pizca de la muchacha; sólo perjuraba, ante mi incredulidad, que el varón usaría bata y gorro de cirujano, y en otra ocasión blandirá un látigo acerado con el que azota sin piedad a su hembra.)

Aquel espectáculo no nos sirvió ya, tal la miserable verdad, para reeditar las brasas del ayer.

Nos olvidamos, poco a poco, tanto de comer a dúo como de dialogar las frases de circunstancias. Y ni soñar, qué va, con excepcionales apasionamientos que nos arrojasen sobre la alfombra.

Es más: a esa altura de los hechos no estábamos, prácticamente, el uno al lado del otro. ¿O sí? Me revuelvo esforzándome por recordar este último detalle: ¿Se encontraba Antonia allí o había desaparecido hace mucho tiempo, tragada por aquella visión fantástica, por las implacables espirales de la desunión? ¿Habría muerto o viajado a un país lejano desde donde yo reciba una postal con besos y me gustaría tanto compartir con vos algún momento en esta playa azul, esta Bahía de Cata que fue la de nuestra luna de miel?

Una noche, que jamás olvidaré, logré verla. Antonia, quizás Ornella, se regodeaba en la ventana de enfrente. Echaba hacia atrás la curva irredenta de la espalda como entregándose, ante mis ojos espantados, a una locura incomún, a una furiosa posesión que no fui capaz de descifrar.

Luego: la luz se desvaneció. Y nunca más el rectángulo febrilmente enrojecido. Sólo aquel terreno baldío en el cual, siempre se nos dijo, habría de erigirse cierto mercadito municipal esperado con ansiedad por todo el vecindario, a causa del insoportable costo de vida.



Miércoles 29 de enero de 1992

el Madrazo



La ventana de enfrente, que antes nunca habíamos visto y de día no sabemos a que edificio atribuir, comenzó a tentarnos cada noche como un farol a los insectos.

No escondíamos (¿o sí?) vocación de fisgones. Al principio, es claro: ese cuerpo de mujer desvistiéndose on la hábil lentitud —la lenta habilidad— e una striptisera del crazy horse. Antonia uraba que tal imagen no le sugería nada en articular, ni siquiera una difusa sensación e goce estético. Y mucho menos (repite, caso con excesiva vehemencia) excitación de inguna índole.

Lo más extraño no era el parsimonioso y bstinado despojamiento, prenda por prena. Antonia me hizo notar el orden invertio que seguía para desnudarse aquella muer, en apariencia una desconocida pese a la elativa vecindad: primero la falda, después os slip; al quedar totalmente despojada por bajo, como un durazno latiendo a la tenue iz del velador, exhibía las nalgas nacaradas llenas. Y así permanecía, siempre de espalas a nosotros, durante un dilatadísimo insante. Toña sugirió con voz triunfal:

—Te das cuenta, es lo mismo que hacía Ornella Muti en *Historias de locura coún*. No sé —me decía— de mujer alguna el mundo real que se desvista de tal modo. odas aguardamos a eliminar blusa y hasta orpiño antes de dejar en libertad, y expuess a las inclemencias del cosmos, nuestras onas más íntimas y esponjosas. —Y agregó—: Debe ser una pervertida. O algo peor.

No alcancé a imaginar qué podría ser eso peor. Pero Antonia, en verdad ciega de envidia, no lo hubiera susurrado en caso de haber podido intuir hasta qué grado el espectáculo iba a incluirla.

Ni éramos capaces de adivinar mucho más que aquello: una gradual, empalagosa mostración de glúteos; y el perfecto valle hacia el cual caían las estribaciones de la espalda.

Después, una larga —¿treinta minutos, cuarenta?— permanencia estática. Como si se tratara de una estatua o un maniquí. Y en ese instante, invariablemente, se apagaba la frágil luz. La mujer desaparecía en la negrura sin dejar huella. Como si no estuviera allí. Pero sabíamos que estaba (¿de qué manera, por cuál vía de percepción?). Por lo demás, confieso que no entendía entonces, no entendíamos, tan repetido como incognoscible ritual.

Repentinamente, un anochecer se me reveló en lo oscuro un hombre cuyo rostro aquilaté severo y triste. Miré a Antonia, ansioso; le indiqué mi descubrimiento con señas y gritos guturales. Inútil: ella no lograba enfocar todavía al extraño que, sin duda, sería el amante de la desconocida. Apenas si sobresalía de la penumbra el hombro derecho, la barba a lo Hemingway y el rescoldo hirviente de la pipa. ¿Estaba sentado, de pie? Se removía nervioso hasta que, como una fiera, hundió la cabeza en el abdomen femenino; ella echó su melena hacia atrás; cayeron hechos un solo bulto negro de reflejos titilantes.

Entonces sí, Antonia pareció descubrir a la pareja y sus juegos. Respiraba agitada, jadeando casi. Sus uñas se clavaron en mi brazo. Allí mismo la volteé sin contemplaciones. Me pareció, al derrumbarme sobre su cuerpo, que los de enfrente también nos vigilaban con sonrisa equívoca.

Pero, y ahora lo confieso a duras penas: ni esa noche, ni otras muchas semejantes, arribamos a nada. Con Antonia siempre era exacta y puntualmente lo mismo: un ardoroso amago. Hacía largos meses ya que nuestra relación se ceñía a aquella rutina mecanizada, un verdadero tour de force. Mientras yo creía hallarme en el pináculo del poderío pasional, ella se quejaba del supuesto decaimiento hacia la mitad, más o menos, del suceso. Se revolvía furiosa contra mí para concluir llorando y ametrallando reproches difíciles de absorber. La queja será coronada por un análisis retrospectivo. Me has criticado sin descanso por mi excesiva avidez; ahora me argumentás que soy pasiva. Nada será igual ya, nunca.

Así era, pues. Si lo habríamos hablado, por telegrama o cara a cara, delante de violáceas jarras de vino, propicia cerveza o jugos multicolores. Y en noches de plenilunio que yo fabricaba expresamente. Como queriendo revivir aquella vez primera cuando la esperé en la parada del colectivo y ella vino hacia mí con su blusón y pantalón negros de seda, ceñidos gracias al cinto dorado. Y en el taxi dijo tengo frío; y me quité el saco cubriéndola con él: y me miró: sos muy gentil. Y después tomó mi mano y la mordió dulce, provocativamente.

Pero ¿cómo retroceder en los años y en la traición y el desamor? ¿Cómo ser, otra vez, aquéllos? Las caras se ven parecidas, apenas avejentadas; sin embargo, éstos son otros.

El estimulante show de la ventana se me antojó, entonces, más que oportuno para reactivar los rescoldos del antiguo fuego. Pero, curioso: algo sucedía mientras se nos volaban las semanas frente al ceremonial grave y reiterado.

(Bueno, admitía variaciones casi imperceptibles aunque, ahora lo comprendo, significativas: la mujer iba enmarcándose en un halo fosforescente que me escondía la visión del hombre. Antonia, en cambio, aseguraba que él era con mucho el más, si no el único, visible. De pronto la admirable intrusa dejó percibir sólo para mí su cabellera roja, y allí la reconocí: es ¿cómo dudarlo?, mi fugaz novia durante tres meses, hacia de ello quince años. Pero en la semana siguiente se habría teñido, porque su pelo renegrido y la cara de perfil fueron los de aquella casi adolescente que me obligaba —de modo compulsivo— a desplegar una atlética performance de juventud. Antonia protestaba no divisar ya ni pizca de la muchacha; sólo perjuraba, ante mi incredulidad, que el varón usaría bata y gorro de cirujano, y en otra ocasión blandirá un látigo acerado con el que azota sin piedad a su hembra.)

Aquel espectáculo no nos sirvió ya, tal la miserable verdad, para reeditar las brasas del ayer.

Nos olvidamos, poco a poco, tanto de comer a dúo como de dialogar las frases de circunstancias. Y ni soñar, qué va, con excepcionales apasionamientos que nos arrojasen sobre la alfombra.

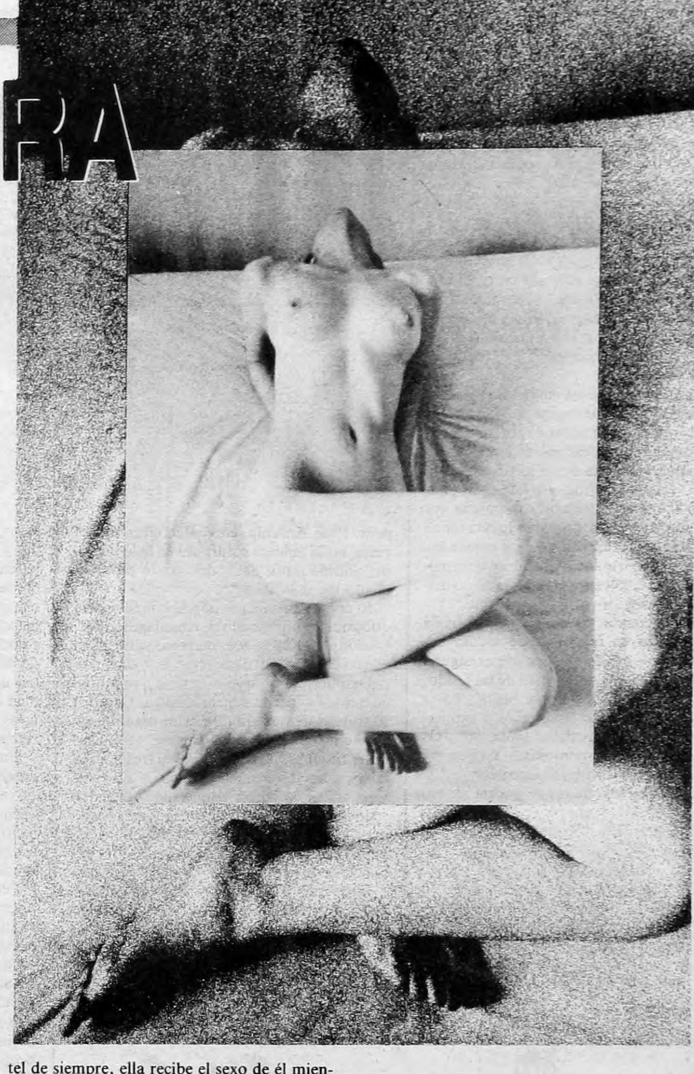
Es más: a esa altura de los hechos no estábamos, prácticamente, el uno al lado del otro. ¿O sí? Me revuelvo esforzándome por recordar este último detalle: ¿Se encontraba Antonia allí o había desaparecido hace mucho tiempo, tragada por aquella visión fantástica, por las implacables espirales de la desunión? ¿Habría muerto o viajado a un país lejano desde donde yo reciba una postal con besos y me gustaría tanto compartir con vos algún momento en esta playa azul, esta Bahía de Cata que fue la de nuestra luna de miel?

Una noche, que jamás olvidaré, logré verla. Antonia, quizás Ornella, se regodeaba en la ventana de enfrente. Echaba hacia atrás la curva irredenta de la espalda como entregándose, ante mis ojos espantados, a una locura incomún, a una furiosa posesión que no fui capaz de descifrar.

Luego: la luz se desvaneció. Y nunca más el rectángulo febrilmente enrojecido. Sólo aquel terreno baldío en el cual, siempre se nos dijo, habría de erigirse cierto mercadito municipal esperado con ansiedad por todo el vecindario, a causa del insoportable costo de vida.



LA PORTADORA



Folletín erótico de Pedro Lipcovich

17. Apoyabrazos

Es de mañana. La madre de Claudio está sola en la casa. Sin mucama, suspira ante los platos sucios de anoche. Pero ahora va a disfrutar de la tranquilidad. Va a hacerse un pequeño masaje y después un baño de inmersión. No hay apuro con los platos. La madre cierra con llave la puerta del dormitorio. Con una llave más chica, abre un cofre. Una vez, revisando las cosas de una mucama, encontró una revista, llamada para adultos, donde había un aviso que ilustraba los productos Clímax, *superclímax, con complemento para fricción del clítoris*, y una dirección. A la mucama la despidió, por ése y otros motivos. Ella, a vuelta de correo recibió un paquete discreto. Lo guardó en su cofre. Pasaron meses hasta que se atrevió a abrirlo.

Los cortinados otorgan una luz tranquila. La madre se desnuda. Junto a ella sobre la cama, el producto clímax emite un ronroneo eléctrico. Muy despacio se acaricia el vientre. Después con los dedos se aprieta la parte superior del muslo. Es dulce la sensación de una mano sobre el muslo: intimidad, confianza. Ella recuerda todavía la primera vez que, en el cine, el padre de Claudio soltó la mano entrelazada con la suya sobre el apoyabrazos y llevó la caricia al muslo. Ella tenía diecinueve años. A él le gustaban las películas difíciles, películas de compañeros que daban en un cine de paredes descascaradas y ventiladores ruidosos. Ella no entendía las películas pero le gustaba que a él, aun en las que más lo entusiasmaban, no se le olvidara posar la mano sobre su muslo. Por debajo de la pollera corta la mano subía de a poco, él siempre atento al consentimiento de ella. Después él tomaba la mano de ella y la llevaba hacia sí, al sexo tan duro bajo la tela del pantalón, ella aceptaba dejarla allí sólo un momento, y la mano de él volvía a ella, como un abrigo. El padre de Claudio está lejos ahora, más allá del océano, y de vez en cuando escribe para el hijo cartas donde miente que le va bien. La madre, sola en la cama, de nuevo tiene diecinueve años. Ha conocido un hombre en cualquier parte, en la calle. La atrajeron sus ojos de suave dominio. La invitó a su departamento y ella aceptó. Cuando llegan al departamento resulta que hay otra chica, ella se asusta, cómo aceptó venir, quiere irse, sólo tiene diecinueve años, pero él la retiene, imperativo a la vez que confiable. La otra chica tiene la piel morena, y es dulce; entre los dos la abrazan, la miman. La desnudan. El la penetra por atrás como los gatos mientras la chica por delante le besa el sexo; el sexo de él y la lengua de ella vibran, eléctricos. La chica por un momento levanta la cabeza y la mira; sus ojos le hacen recordar a alguien, no sabe a quién, y la madre se distrae, se desconcentra. Tiene mucho que hacer, está sin mucama; el padrastro se habrá enojado porque no le hizo el desayuno, bueno, la hubiera despertado si era tan importante, pero se fue temprano; ojalá no quiera sexo esta noche, siempre que sale temprano después se tira sobre ella sólo para descargar lo suyo, seguro lo excitan las mujeres que ve en el trabajo, ojalá se arreglara con ellas y la dejara tranquila, pero no, quién sabe qué peste podría traer a casa. Ahora hay un mal que se trasmite; no es como antes, cuando el mal era una sola ballena nítida. ¿Saldrá con otras, el padrastro? No parece. Siempre vuelve a horario. Además, a ella todavía la desea; sobre todo cuando se va temprano a la mañana, a la noche se le aferra con una especie de desesperación.

La madre está seca en la cama revuelta, y entonces la chica morena vuelve, la ayuda: qué te pasa, le pregunta con ternura, le acaricia los cabellos, y la besa. Ella siente en la boca de la otra todavía el olor de su propio sexo tan joven, tiene diecinueve años, y la boca de la chica vuelve a bajar por los pechos, el vientre, mientras el hombre tras ella renueva su ritmo eléctrico, y todo se calma y se cierra y sube, sube, el hombre y la chica se van esfumando, ya no son necesarios porque ahora, cerca de la cumbre, de nuevo está él, el padre de Claudio, han salido del cine y están en el hotel de siempre, ella recibe el sexo de él mientras la besa, mi amor, ella tiene diecinueve años y él la quiere y le dará un hijo y ellos van a ser compañeros para siempre, siempre irán a ver películas difíciles en el cine descascarado, las manos juntas sobre el apoyabrazos, el sexo de él electrizado en ella, y la madre gime en el final como si sollozara.

(Continuará)

JUEGOS

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras en pareja de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

AFGANISTAN...AFGANI
BHUTAN...NGULTRUM
CAMBODIA...RIEL
CHINA...YUAN
CHIPRE...LIBRA
INDIA...RUPIA
ISRAEL...SHEKEL
JAPON...YEN
MYANMAR...KYAT



A	N	O	E	R	P	I	H	C	D	E	S
F	L	C	A	M	B	O	D	I	A	P	U
G	A	I	N	T	N	A	T	A	Y	K	R
A	P	F	B	I	L	E	A	R	S	I	A
N	E	M	G	R	A	S	Y	A	U	N	M
I	A	L	U	A	A	N	H	O	M	B	N
N	S	I	E	R	N	J	I	B	R	H	A
E	A	H	P	I	T	I	A	H	C	U	Y
A	I	U	E	U	R	L	S	P	C	T	M
D	O	P	Y	K	R	U	U	T	O	A	E
A	I	D	N	I	E	D	E	G	A	N	L
E	V	A	N	T	A	L	R	S	N	N	E

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Que devoran con avidez		Reza	Calzado que cubre el pie (pl.)	División del caliz de la flor		Conjunto de dos personas (pl.)		Descansas	
Palabra	→ ↓	↓	↓	Adormecimiento	→ ↓		↓		↓
Loco	→					Insecto himenóptero		Gritería, algazara	
Ritmo jazzístico	→			Divisible por dos	→	↓			
		Terminación de fracción		Arbol siempre verde	→			↓	
Anteojo larga-vista (pl.)	→	↓							
Duración eterna	→			Interj: deseo que suceda una cosa	→				
Señal de auxilio	→				Campeones	→			

AYUDAS: Abeto, Sépalo

SOLUCIONES

SOLUCION 2305

V	O	Z	■	S	O	P	O	R
O	R	A	T	E	■	A	■	E
R	A	P	■	P	A	R	■	P
A	■	A	■	A	B	E	T	O
C	A	T	A	L	E	J	O	S
E	V	O	■	O	J	A	L	A
S	O	S	■	■	A	S	E	S

"No des puntapiés a un hombre caído, puede levantarse." F. Kasper